

Gigiis

Primer amor
de campamento



GIGIIS

Primer amor
de campamento

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gigiis, 2024

Edición y fijación del texto: Michelle Alcalde Durán, 2024

Diseño de interior: María Pitironte

Recursos de interior: © María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock

Ilustración de portada: © Sara Ruiz Capdevila, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 08034 ,664-662, Barcelona (España)

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

Depósito legal: B. 5.538-2024

ISBN: 978-84-270-5238-3

Prempresion: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

CAPÍTULO 1. El último día de clase, 8

CAPÍTULO 2. Un mensaje inesperado, 20

CAPÍTULO 3. Primeros días en el campamento, 32

CAPÍTULO 4. Algo empieza a cambiar, 46

CAPÍTULO 5. El juego de la ruleta, 60

CAPÍTULO 6. Corazón roto, 74

CAPÍTULO 7. Vuelta a la rutina, 88

CAPÍTULO 8. Reencuentro, 102

CAPÍTULO 9. Decisiones, 116

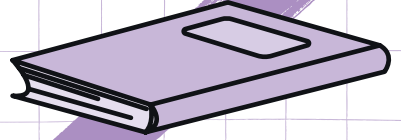
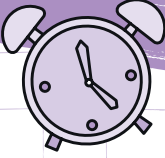
CAPÍTULO 10. Vida nueva, 128

CAPÍTULO 11. Un encuentro inesperado, 142

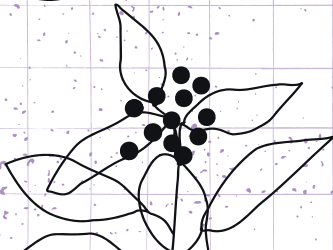
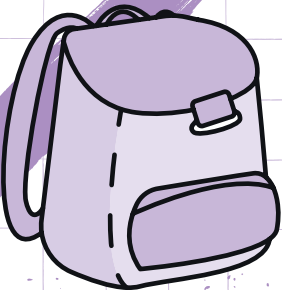
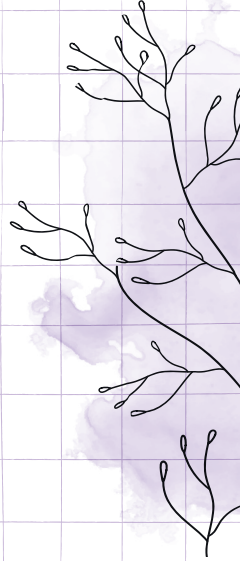
CAPÍTULO 12. ¿Solo amigos?, 154

EPÍLOGO. Hogar, dulce hogar, 170

Capítulo 1



EL ÚLTIMO DÍA DE CLASE





Gigi corría calle abajo rumbo a la parada del autobús. Hacía un calor terrible y, como solo quedaban un par de días para que terminara su época de estudiante de instituto, últimamente le costaba un poco dormir por las noches.

Esa mañana se le habían pegado las sábanas. Menos mal que había aprobado el examen teórico de conducir y estas carreras tenían fecha de caducidad. En cuanto se sacara también el práctico, les pediría el coche a sus padres y dejaría de pillar el bus.

Uf. Un par de metros más y... Gigi llegó a la parada justo a tiempo. El autobús escolar estaba a punto de marcharse cuando ella hizo un gesto con los brazos. Por suerte, el conductor la vio. Frenó, y Gigi, despeinada, con el flequillo pegado a la frente e hiperventilando, subió y le mostró al hombre una sonrisa agradecida.

Al fondo del autobús la esperaban Ari y Rai, sus mejores amigos.

—Menuda entrada triunfal —le dijo Ari con una risita. Le había guardado un sitio justo a su lado, así que Gigi se dejó caer en el asiento.

—Pensé que no llegaba. ¿A quién se le ocurre hacernos ir todavía al instituto cuando ya hemos terminado la EvAU y solo

quedan unos días para las vacaciones de verano? —se quejó—. ¡Es ridículo!

—Admítelo —le dijo Rai. Su amigo, que estaba sentado en el asiento de delante, se giró para encararlas—. Te has quedado dormida de tanto darle al Instagram.

—¡No! —se indignó Gigi—. Ha sido porque... Bueno, qué más da.

Ari alzó una ceja.

—¿Te pasa algo?

—No —contestó ella esquivando, y apartó la mirada. No quería agobiar a sus amigos con sus problemas a las ocho de la mañana.

En realidad, había un motivo por el cual Gigi no dormía bien, y no tenía nada que ver con el calor. No podía dejar de darle vueltas al FUTURO. Así, con mayúsculas. Estaban a principios de junio. Dentro de poco, tendría que tomar la decisión de ir o no a la universidad. Sus padres no paraban de insistir; querían que su hija se matriculara en una de esas carreras prácticas de cara a un buen puesto de trabajo como ADE, pero Gigi no lo tenía nada claro.

Cada vez que insinuaba la posibilidad de tomarse un año sabático para pensar bien qué es lo que quería hacer, sus padres fruncían un poco los labios. Gigi no podía quitarse de encima la sensación de que era una constante decepción para ellos.

Ari le había propuesto que se fuera con ella a Londres a estudiar maquillaje, pero es que Gigi tampoco se veía marchándose de Barcelona para ir a la capital de Inglaterra. Ni ahí ni a ningún otro sitio, en realidad.

A medida que se acercaba la fecha para solicitar matrículas, se ponía más y más nerviosa. No sabía si



prefería aprobar para tener la opción de ir a la universidad o suspender para que sus padres no la obligaran a estudiar algo que ella no quería.

—¿Te lo has pensado ya? —preguntó Ari, y Gigi pegó un brinco. Durante unos segundos, temió que su mejor amiga pudiera ver más allá de su silencio y supiera la verdad de lo que le preocupaba, pero la chica negó con la cabeza y suspiró—. No me digas que se te ha olvidado. ¡El campamento de verano! Gigi, acordamos que te pensarías si te unías a Rai y a mí. ¡Las inscripciones cierran esta noche!

Cada año, su instituto organizaba un campamento de verano y ofrecía a los estudiantes de último curso la posibilidad de solicitar un puesto como monitores para ahorrar algo de dinero de cara a la universidad. Ari y Rai se habían apuntado casi desde el primer día, pero Gigi aún tenía dudas.

Por un lado, claro que le gustaría pasar el verano con sus amigos, aunque tuviera que trabajar y estar pendiente de un puñado de niños. Pero, por otro..., ¿merecía la pena ir si ni siquiera tenía claro si quería matricularse en la universidad?

—Este año va a ser en la montaña, y habrá actividades acuáticas, discoteca, pintura, baile... ¿He dicho ya que habrá una discoteca? Venga, Gigi —insistió Rai. Juntó ambas manos y le lanzó su mirada de cachorrito tierno—. Vente, vente, porfa.

Sin ti, no sería lo mismo. ¡Nos lo pasaremos bomba!

—Tú siempre pensando en lo mismo —bufó Gigi con una sonrisa. Así era Rai. Su mejor amigo era la persona más juerguista del mundo. Donde hubiera



una fiesta, allí estaba él. La mayoría de los líos en los que se había metido Gigi habían sido por culpa de las ideas alocadas de Rai—. Me lo pensaré, ¿vale? Os prometo que esta vez va en serio.

Rai hizo un puchero decepcionado, y Ari lanzó su último cartucho.

—Vale, no tenía pensado decírtelo, pero ¿sabes quién vendrá también al campamento y no para de preguntarme si tú también irás?

—¿Quién?

—¡Álex! —gritó, y Gigi lanzó un bufido.

—Otra vez no, Ari, ya sabes que no quiero tener nada que ver con él. No sé qué te ha dado con intentar emparejarme. Estoy muy bien solita.

—Ya lo sé, pero es mono, tía, y un dulce no amarga a nadie. Además, lleva años coladito por ti y es un partidazo. ¿No quieres tener un último romance de instituto? Uno de esos amores de verano de película romántica.

—No.

—Qué sosa eres —se burló Rai—. Con lo guapo que se ha puesto este año. Ha dado un estirón y ahora va al gimnasio...

—No seáis pesados.

De solo pensar en ella y Álex le entraba un escalofrío. Sus amigos tenían razón: el chico era guapo y atento. Llevaba años pillado por Gigi, pero ella no sentía nada por él. De hecho, ya lo había rechazado un par de veces. ¿Qué le hacía pensar a Ari que mencionarlo terminaría de convencerla para ir al campamento? En todo caso, inclinaba la balanza al lado contrario.



—Bueno, me rindo —dijo su mejor amiga—. Si no quieres apuntarte, me parece bien.

—Pues a mí no —sentenció Rai—. Tenemos que ir todos juntos.

—Tú cállate. —Gigi lo señaló con el dedo acusador—. Ni siquiera sabes si podrás venir. ¿O acaso no recuerdas que la fastidiaste en la EvAU y seguro que cateas un par de asignaturas? Tus padres te castigarán, fijo.

Rai empalideció y se tapó las orejas con las manos en un gesto exagerado que hizo que Gigi se echara a reír.

—¿Y tú te haces llamar mi amiga? Porque una amiga de verdad no les recuerda a sus amigos sus suspensos. Además, hasta que no nos lleguen las notas haré como que el problema no existe.

—Pues no queda mucho —añadió Gigi—. Los correos empiezan a llegar esta semana.

—Oh, cállate. —Rai les sacó la lengua y se dio de nuevo la vuelta, no sin antes decir—: Tener amigas para esto...

Ari contuvo una carcajada y Gigi tosió para retener una sonrisa.

Rai era muy exagerado, pero tenía que admitir que echaría de menos verlo cada mañana. Gigi echó un vistazo a su alrededor y sintió un pellizco de nostalgia en la boca del estómago. Ese sería de sus últimos viajes en el autobús escolar. A partir de la semana que viene, sus compañeros y ella tomarían caminos separados. Rai iría a la universidad y Ari se marcharía a Londres. Pensar en la posibilidad de no volver a verlos le entristecía.

—Mira, ahí sube Alba —susurró Ari en el oído de Gigi, y ella se tensó. Como esperaba, Alba se fue a sentar junto al resto de sus

amigas, pero no miró a Gigi—. Vaya, ¿ni siquiera el último día vais a hacer las paces?

—Ya —dijo Gigi—. Eso mismo me gustaría saber a mí.

Gigi había asistido al mismo colegio desde que era pequeña. Todos en clase se conocían y no había demasiados secretos entre ellos. No siempre se llevaban bien. A veces discutían los unos con los otros, pero no tardaban en hacer las paces y, al final, lo que quedaba era buen rollo.

Su clase estaba dividida por grupos, y el más importante era, sin lugar a dudas, el grupo de las divas, liderado por Alba. Tiempo atrás, Gigi se había llevado muy bien con ella. A Alba también le gustaba el maquillaje y el baile y, aunque Gigi solía tirar más por lo artístico como la pintura, solían hablar muy a menudo de las técnicas de los maquilladores de las estrellas o las últimas tendencias.



Sin embargo, todo cambió cuando Gigi empezó a salir con Nic. Alba estaba coladísima por él, pero nunca se lo dijo a nadie y Nic se lo confesó a Gigi. De haber sabido que Alba sentía algo por él, quizás no le hubiese dicho que sí. Pero no lo supo, así que Nic y Gigi empezaron a salir

en junio del año pasado, justo antes de las vacaciones de verano.

Ese era uno de los motivos por los cuales Gigi ya no quería saber nada sobre citas y chicos.

Nic se había comportado como un caballero al principio. Después, poco a poco había ido mudando la piel hasta mostrar su verdadero rostro: ¡el de un auténtico cap****! Gigi, cansada de sus



comportamientos inadecuados, lo dejó a principios de septiembre. Fue entonces cuando descubrió la verdad sobre los sentimientos de Alba.

Ahora no se hablaban.

Si ya era complicado empezar el último año de instituto, hacerlo después de pasar por dos rupturas —una con tu novio y otra con una amiga— era como pasarse el último nivel de un videojuego. Por suerte o por desgracia, lo sucedido había unido a Gigi aún más a Ari y Rai. Sus amigos siempre se habían puesto de su parte y la habían apoyado con todo el tema de Nic. Puede que fuese ella quien cortara la relación, pero eso no quería decir que hubiese sido fácil. Su relación con Nic le había hecho perder meses, confianza y amigos, y aún arrastraba las consecuencias.

—Pues ¿sabes una cosa? —continuó Ari—. Que ella se lo pierde. No la necesitas.

Gigi miró a su amiga con emoción.

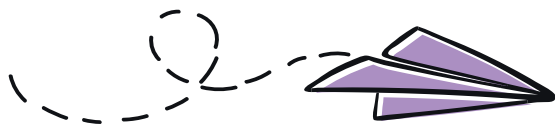
—Ari tiene razón —aportó Rai—. No necesitas formar parte de ese grupo. ¡Nos tienes a nosotros!

En eso tenía que darle la razón.

Ari era la mejor amiga que Gigi podía desear. Leal como nadie, siempre estaba dispuesta a echar una mano cuando cualquiera lo necesitara. Gigi y ella habían empezado a hablar hacía unos años porque Ari soñaba con ser maquilladora profesional, pero no se habían vuelto tan cercanas hasta un par de cursos atrás. La amistad entre Gigi y Rai, en cambio, había surgido un poco por casualidad. Un año, su tutora de aquel entonces les hizo sentarse juntos. Congeniaron casi desde el minuto uno y desde ese momento eran uña y carne. Con Rai era todo muy sencillo. Puede que

su mejor amigo siempre tuviera un chiste entre los labios, pero jamás juzgaba a nadie. Gigi estaba segura de que también haría lo que fuera para sacarla de un apuro.

Un avión de papel voló hasta chocar con la cabeza de Gigi.



—¡Perdón! —sonó una voz masculina—. ¡No quería darte!

Gigi alzó la vista y... ahí estaba él. Óscar, con cara avergonzada.

Óscar era todo lo contrario al grupo de las divas. Un friki, como solían llamarle. Solitario y algo tímido, Gigi y él no tenían nada que ver.

—Vaya, Óscar —dijo algo sorprendida de verle allí. Recogió el avión de papel y lo alzó—. Deberías tener más cuidado.

—Eso, eso —se sumó Ari—. Imagina que le das al conductor o algo. ¡Qué miedo!

—¡Ari! —exclamó Rai, aunque su amigo parecía divertido por la situación.

A Gigi, por el contrario, no le hacía mucha gracia. Sospechaba de Óscar. Algo le decía que quizás el chico le había lanzado el avión a propósito. Igual era sensación suya, pero le parecía que Óscar llevaba semanas intentando llamar su atención. La miraba mucho en clase y se sentaba junto a ella, Ari y Rai en el recreo.

—En serio, lo siento mucho —siguió Óscar. Miraba solo a Gigi cuando añadió—: ¿Puedo hacer algo para que me perdones?

Gigi alzó una ceja.



—¿Perdonarte?

Rai silbó.

—Óscar, cualquiera pensaría que estás tratando de ligar con nuestra Gigi.

Las mejillas de Óscar se tiñeron de rojo y no dijo nada.

Gigi se mordió el labio inferior, incómoda. No tenía nada en contra de Óscar, pero no lo veía de esa forma.

Tendió el avión en su dirección.

—Llévatelo, anda.

Óscar dudó, pero al final aceptó el avioncito y volvió sobre sus pasos, con la cabeza gacha y sin mirar atrás. Tomó de nuevo asiento junto al resto de sus amigos y les susurró algo, pero Gigi no pudo escuchar el qué. Uno de sus amigos, Bill, le dio un par de palmaditas en el hombro. Gigi arrugó la nariz. Si bien Óscar no le caía mal, lo que sentía por Bill era muy diferente. El chico era bruto, tosco y solía tratar fatal a las chicas. Ari y él habían tenido más de un encontronazo. La mejor amiga de Gigi nunca se callaba, así que solía ponerle los puntos sobre las íes.

Qué curioso era Óscar. A pesar de su timidez, nunca titubeaba cuando se acercaba a hablar con ella. Aunque, en honor a la verdad, no es que sus conversaciones fueran muy largas. Se resumían en «hola», «adiós» o «ahora toca mates, ¿verdad?». Tenía una voz dulce, y, a regañadientes, Gigi tenía que admitir que era... mono. Su pelo era de color rubio y tenía los ojos más bonitos que había

visto nunca, una mezcla entre azul y verde. Además, de todos los chicos de clase, era el mejor partido. Siempre sacaba buenas notas y era tan maduro que los profesores solían confiar en él para que pusiera orden en la clase.

Quizás, si ella no hubiera cerrado por completo la posibilidad de las citas y Óscar no perteneciera a otro grupo... No, ni con esas. Al fin y al cabo, no tenían nada en común. Era imposible que entre ellos dos pasara algo.

¿En qué estaba pensando?

—¿Creéis que lo ha hecho a propósito? —susurró Ari, poniendo en palabras las dudas de Gigi—. Eso de lanzar el avión.

—Por supuesto que sí —contestó Rai—. Se nota a leguas de distancia que Óscar está coladito por Gigi.

—¿Tú crees? —Gigi se mordió el labio inferior—. ¿Qué te hace pensar que venía a hablar conmigo? Igual quería ligar con Ari y tiene mala puntería.

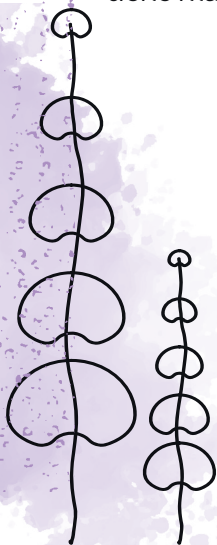
—No seas tonta. Siempre te mira a ti.

¿Rai también se había dado cuenta? A ver si no iban a ser imaginaciones tuyas, después de todo...

—Sea lo que sea, no me interesa —dijo Gigi decidida. Ni muerta pensaba admitir que Óscar le parecía guapo—. Y tú deja de cotillear. Por eso suspendes los exámenes.

Rai le sacó la lengua como única respuesta.

El instituto de Gigi no estaba muy lejos de su casa, así que el autobús frenó en la última parada y los alumnos bajaron. Gigi y sus amigos esperaron a que se vaciara un poco antes de levantarse



y coger las mochilas. Cuando Gigi puso un pie fuera del vehículo, tomó aire y observó la fachada del edificio.

Último día. Se cerraba una etapa y no se lo podía creer. Todavía recordaba la primera vez que llegó aquí, siendo una niña un poco asustadiza y tímida. Ahora no quedaba mucho de esa Gigi. Con el paso de los años, había ido ganando seguridad en sí misma, incluso a pesar de lo de Nic, y esa niña silenciosa se había convertido en una joven algo alocada y escandalosa.

Gigi apretó con fuerza el asa de la mochila.



Fue en ese momento cuando sonó su móvil, avisándola de que acababa de recibir una nueva notificación.

El corazón de Gigi se saltó un latido y la piel de los brazos se le erizó. Rebuscó el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones y observó la pantalla. Tenía un nuevo correo electrónico.

Eran las notas de la EvAU.